

Para la Venezuela de hoy

La Filosofía en la formación del religioso

Pedro Trigo

LA FE BUSCA ENTENDER

Para personas dadas a pensar desde sí la fe tiende a ser vista como una intromisión indebida, como una imposición a la inteligencia que anula toda búsqueda. No es tan fácil llegar a la conclusión de que el entendimiento en su movimiento anda buscando la fe, no para negarse a sí mismo sino para fundar su búsqueda y establecer plenamente su ejercicio. Además de que a lo largo de la historia en nombre de la fe muchas veces no sólo se han reprobado sin hacerlas justicia respuestas que diversos pensadores se han ido dando a sí mismos sino que han llegado incluso a acallar las mismas preguntas y hasta se ha acabado por proscribir la misma actitud de escucha y búsqueda mirándola como contraria a la profesión de un código ya establecido con autoridad. Esta actitud ha dominado en vastos sectores de la institución eclesial sobre todo en el siglo pasado y parte del nuestro; fue superada de raíz en el Concilio Vaticano II, pero hoy vuelve a rebrotar con creciente poder coercitivo.

Pero esta actitud no sólo es propia de personas que por alienación malentenden la autoridad como poder. También de un modo difuso impregna a muchos para quienes la fe se degrada a posesión cómoda de seguridades que les permite vivir al abrigo de preguntas, dudas e incertidumbres.

También para quienes emprenden el camino de la vida religiosa los planteamientos pueden confinarse al ámbito de la voluntad generosa excluyendo como molesta e impertinente la pregunta por la realidad y el sentido.

Podemos razonar así: La filosofía es una inquisición radical hasta dar con principios que puedan fundamentar la existencia humana en la estructura dinámica de la realidad. Ahora bien, para nosotros como cristianos, Jesús es la luz que ilumina a todo hombre y esa Luz vino al mundo para revelarnos nuestra condición de creaturas de Dios destinados a ser sus hijos en su Hijo Jesús. La revelación de Jesús aconteció en obras y palabras: Jesús se hi-

zo nuestro hermano para ser nuestro Camino hacia la constitución del mundo fraternal de los hijos de Dios. Mas aún, vivió, murió y resucitó para nosotros, nos dio de su vida hasta darnos su vida entera para que viviéramos de su misma vida. Para eso nos entregó a su propio Espíritu, Espíritu de Hermano y de Hijo. Esta confesión de fe ¿no vuelve inútil y superflua a la filosofía?

LO QUE ENTIENDE LA FE: UN EJEMPLO

Entendida bien, la fe da lugar a una filosofía, asumiendo y transformando alguna(s) de la(s) ya existente(s) o (re)creándola. Pongamos un ejemplo.

Hemos afirmado que somos creados para llegar a ser hijos y hermanos. Hay aquí entañada una concepción del ser humano como ser concreto: una red de relaciones lo constituyen. En primer lugar la relación por la que Dios lo llama siempre a la existencia. En esa relación concreta el ser humano es ya hijo de Dios y hermano de Jesús y de toda la humanidad. En segundo lugar la relación por la que los padres y otros lo han puesto en la existencia y lo mantienen en ella. Ambas relaciones están llamadas a corresponderse, pero no siempre sucede así. En tercer lugar el ser humano puede corresponder a ambas series de relaciones o definirse como ser en sí y para sí. En el primer caso el ser humano se afirma como persona; en el segundo, como individuo.

Con esto hemos afirmado que el ser humano puede realizarse o frustrarse, es un ser abierto, en cuanto que él debe hacerse cargo de su realidad y de la realidad. Pero no es abierto en el sentido de que es su preferencia la que torna valiosa a su existencia que se logra al realizarla. Por el contrario nosotros afirmamos que sólo cuando la preferencia elegida está inscrita en las coordenadas de filiación y fraternidad, realiza a la persona; en caso contrario, la malogra. Así pues la apertura humana es responsable, no absoluta; porque la persona no es un ser abstracto ni un individuo sino un ser en relación que co-

mienza como puesto, como dado, y se cumple al responder, relacionándose con otros en la misma dirección de la relación primordial que lo funda.

No es este el concepto de persona que tiene vigencia en nuestro horizonte cultural. Al contrario, lo que llevamos dicho, si se toma en serio, no es más que necesidad, y si se trata de llevar a la vida hasta las últimas consecuencias, lleva más bien a la muerte. Para la cultura dominante la persona es el sujeto, el individuo, un ser tan en sí que es capaz de poner para sí cosas, estructuras e individuos, o tan autárquico que cree poder vivir en su torre de marfil con los que ha elegido como compañeros. La persona es la personalidad, un hijo de sí, el que se hace a sí mismo. Se hace absolutamente, eligiendo incluso los parámetros, diseñando la trama de la obra que luego representará. El ser humano es componencial, no un ser concreto. Naturalmente que cuando las libertades entran en concurrencia sobreviene el enfrentamiento, la prevalencia del más fuerte y el contrato que ratifica el status quo, dentro del cual se realizarán los individuos adecuándose a él y modificándolo más o menos imperceptiblemente. Pero en esta pugna no hay referencias trascendentes sino preferencias y prevalencias.

FE, DIALOGO, FILOSOFIA, LUCHA IDEOLOGICA

Desde lo que llevamos dicho queda claro que la fe que da sentido a nuestra vida, si no es capaz de mostrar su razonabilidad, se convierte en fundamentalismo sectario que renuncia a entender y por eso no entra en ningún debate, o se restringe a un modo mítico de decir lo que dice de otro la ideología del orden establecido, con lo que el cristianismo, aculturado a la cultura vigente, se reduce a mera redundancia. Si quiere sortear estos dos escollos, la fe se convierte en apología ("dispuestos siempre a dar razón de su esperanza a todo el que les pida una explicación": 1 Pe 3,15). Y la apología, si se practica lealmente (y no como indoctrinación o como claudicación), es en el sentido más

estricto y elevado dia-logo, entrecruce de lógicas, perspectivas, conceptos y relaciones fundamentales, propuestas... Es decir que entraña la posesión de una filosofía. No cabe, pues, evangelización sin algún tipo de filosofía, de conceptualización coherente en la que resulte inteligible y comunicable la revelación de Dios en Jesús y en la que pueda mostrar su talante de buena nueva.

Pero hay más: en nuestro país hoy hay un cierto pluralismo y una fortísima lucha ideológica o por mejor decir una cerrada ofensiva de la cultura dominante, que pugna no sólo por vender como razonables y evidentes sus conceptos, su lógica y sus propuestas sino más todavía por lograr imponerse como oráculo, credo por sí mismo. Los materiales de esta ideologización vienen en gran parte del exterior, pero los sujetos son vernáculos, tanto como los intereses que están en juego.

Una de las vertientes de esa ofensiva ideológica es la defensa de la civilización occidental y cristiana, la reivindicación de los valores cristianos. Si no poseemos herramientas muy finas de codificación y decodificación de mensajes, si no somos capaces de pasar de la opinión a la verdad y de lo que aparece

a lo que subyace (tomando expresiones griegas) nos veremos arrastrados por ese vendaval ideológico y nos encontraremos defendiendo posiciones e intereses que son los contrarios del Reino. No sólo necesitamos una conceptualización coherente, pertinente y relevante sino también un método heurístico y crítico.

FILOSOFIA Y CONVERSION

Pero el problema no es sólo externo: nosotros formamos parte no sólo de esa situación sino que somos también este tipo humano que la conformó y que ella perpetúa. La necesaria conversión cristiana lleva como uno de sus ingredientes, irnos transformando "con una nueva mentalidad para ser capaces de distinguir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo conveniente, lo consumado" (Rom 12,2). Esa nueva mentalidad que llega a distinguir lo verdaderamente bueno, lo pertinente para cada ocasión, lo que es la plenitud ¿no es, también y como mediación lo que llamamos una filosofía? ¿No apunta Pa-

blo aquí a una estructura mental, a una disposición fundamental, a un talante vital del que se infiere una ética con su momento práctico y utópico? No es ésta la estructura mental que nos inculca la sociedad a la que pertenecemos. No llegaremos a ella sin un proceso de iniciación que tiene como dimensiones una muerte interior, la entrada a una comunidad en camino y el cambio de solidaridades, de lugar social y hasta físico. Pero esta iniciación no se consolida si no da lugar también a una nueva mentalidad, es decir a una filosofía.

Si lo que llevamos dicho tiene sentido



eso significa, por otra parte, que no cabe una actitud filosófica (es decir que no puede hacerse filosofía) desde la participación acrítica de la ideología y el sistema de vida vigentes. Así pues la mayor dificultad para estudiar filosofía no estriba en lo abstruso de sus planteamientos sino en la actitud vital aporética, en la participación consecuente y consentida del discurso legitimador del sistema, en la apropiación de lo que "se dice", como si el discurso que impone el sistema desde la escuela y los medios masivos fuera un discurso de realidades.

Y no es tan claro que quien ingresa en la vida religiosa haya percibido sistemáticamente la incongruencia entre la opción asumida y su participación en el discurso vigente. Naturalmente que no puede dejar de percibir que hay áreas en las que coliden y además no puede no haber escuchado las advertencias del Papa o del episcopado latinoamericano y venezolano contra el abuso de las ideologías. Pero no puede presuponerse que estas advertencias se hayan convertido en actitud inte-

lectual y vital, en atención y cuidado, en la vigilancia permanente de quien sabe que no habita en su propia casa sino en el discurso que segregan los enemigos a base de medias verdades, elusiones, deformaciones, ilusiones...

Por eso si la formación en la vida religiosa no se vive como un riguroso proceso de iniciación no sólo no habrá deseos sino ni siquiera posibilidad de estudiar filosofía. A lo más que se llegará (con mucha disciplina) es a dar cuenta de lo que pide el profesor dentro del más craso conductismo, sin que eso implique ningún proceso interior.

Vivir la etapa de formación como un proceso de iniciación es distinto que adaptarse a un grupo humano y a unos requerimientos (que van desde una determinada conceptualización hasta unas pautas de comportamiento o un horario). Entendemos iniciación como inmersión en el misterio cristiano que nos certifica la necesidad de una verdadera muerte y de un nuevo nacimiento. Uno tiene que morir a muchos modos de ver las cosas, a aspiraciones, a costumbres, a relaciones y tiene que ir renaciendo a otras que dimanen directamente del misterio descubierto y aceptado como evangelio. Este

proceso es dilatadísimo, requiere una fuerte ascesis, verdadera abnegación; pero no puede hacerse por puro voluntarismo ya que uno tiene que ir más allá de uno mismo en un movimiento de apertura, en el que uno acepta ser conducido. Es un camino solitario, pero que se realiza en grupo y aboca a un compromiso con el pueblo, con el proyecto de liberación y con grupos de referencia dentro de él.

Si se vive la formación como iniciación es claro que el proceso da que pensar, que hay entrañada en él una indagación, una crisis, una crítica, un camino hacia los fundamentos, la necesidad de nombrar, de entender, de dialogar, de relacionar... es decir en el sentido más elemental (más fundamental) la necesidad de una filosofía.

No pretendo que la filosofía sea la única mediación de la fe. Pero en el sentido elemental (radical) en que la hemos entendido no sólo es indispensable como un momento de un proceso sino como una actitud permanente.